

PRINT

GENEALOGÍA DE LOS FANTASMAS

Octavio Hernández Jiménez
Profesor Universidad de Caldas

PALABRA CLAVE:

Literatura.

I

Los fantasmas están hechos de la misma substancia de quienes los imaginan. Dime qué te desvela y te diré la forma de tus fantasmas.

El hombre, casi siempre, imagina los fantasmas con características antropomórficas aunque no sean seres humanos. Lo mismo hace con Dios. Pero no ha sucedido de igual manera a través de los tiempos: en la Edad Media se creía que por los mares circulaban buques fantasmas que se acercaban a los puertos para aterrar a sus habitantes con su carga de fantasmas delirantes.

Los fantasmas tienen hambre de ser. Los visuales casi siempre son espigados como jugadores de básquet, lánguidos y transparentes. Los fantasmas táctiles son escurridizos. De pronto alguien cree haber sido rozado por un tul o una gasa desvanecida. Sin embargo, la fantasmalogía está tan atrasada que aún falta por diseñar, por ejemplo, el contorno posible de fantasmas olfativos y gustativos.

Hay sensaciones olfativas y gustativas que podrían ser jugarretas de fantasmas. Ciertos sabores, sobretudo dulces, evocan, en la edad adulta, fantasmas de la niñez. Para Gabriel García Márquez, el olor de la guayaba es todo un fantasma olfativo que no lo deja tener vida brincando en las ventanas de la nariz cuando amanece aquejado por la gripa de la nostalgia. En general, se podría decir que, para saber concebir un olor o un sabor como fantasma se necesita tener la sensibilidad de un Proust, un Rilke, un Suskind...

Los visionarios, como la palabra lo dice, perciben fantasmas visuales y, si mucho, auditivos. ¿Por qué crujió esa puerta cerrada si nadie la ha abierto? ¿Quién expiró junto a mi oído?

Aún en el caso de los fantasmas visuales y auditivos, la fantasmalogía tiene mucha tela para cortar. Por ejemplo: por qué traen a la imaginación connotaciones terroríficas o despectivas. Nadie que yo sepa ha hecho de un fantasma su mascota preferida, ni se le ha ocurrido a un terrícola optimista soñar con el fantasma de una flor. Esas, dirían con tono displicente, son cosas de poetas.

¿Qué mortal ha imaginado el fantasma de Dios? Para hacerlo hay que despojarnos de las connotaciones despectivas para las ideas de fantasmas y de Dios, quedándonos con la noble alcuña etimológica: del griego phantazo (yo me aparezco). Phantasma en griego es entonces aparición. Según esto, cuando el Padre piensa en sí "aparece" el Hijo. Cristo sería el fantasma de Dios. Recordemos que varias veces los discípulos pensaron que Cristo era un fantasma, antes y después de la resurrección. Lógico: estaban obsesionados de Dios.

Los fantasmas, como vemos, todo lo contrario de lo que piensa la gente, son absolutamente inofensivos. Recordemos los fantasmas literarios de Juan Rulfo y García Márquez. Cuando Ursula salió a tomar agua y vio el fantasma de Prudencio Aguilar, "lívido, con una expresión muy triste, no le produjo miedo sino lástima". Desolados en la infinita soledad de la muerte.

A pesar de la mala prensa con que cuentan los fantasmas, nadie puede decir que sean feos pero sí hermosos. La totalidad de la obra pictórica del Greco constituye indiscutiblemente la galería más preciosa de fantasmas: esos rostros, esas manos, esos trajes flotantes como serenas llamas que agonizan.

Los fantasmas, en su mayoría, desconfían del hombre. Se atreven a salir de los escondites cerebrales cuando creen que, como todos duermen, nadie los va a ver. Si alguien los ve y se espanta, es cuestión del desvelado. Aún más: hay fantasmas supremamente tiernos como Gasparín que gusta de cuidar a los niños.

Son ociosos y por eso se mantienen por ahí aburridos, limpiándose las uñas, esperando ver sin ser vistos, como si se mantuvieran desnudos apenas cubiertos con el vapor tibio que emana de ellos mismos. Yo no

me explico por qué las amas de casa no se hacen amigas de los fantasmas que habitan en los escaparates y rincones para que les colaboren en las áridas labores domésticas. Conseguir un robot hogareño resulta más costoso y menos romántico que asesorarse de un fantasma criollo.

Es extraño que el capitalismo no se haya percatado de la existencia de los fantasmas para ingeniarse la manera de explotarlos. Los ingleses han realizado leves intentos explotando los fantasmas de sus castillos pero se debe incrementar y democratizar esa fuente de divisas.

Serían muy económicos. Hasta el momento no se ha oído decir que cobren sueldo y prestaciones sociales. Se contentan con que les den una noche en la semana para salir a deambular por calles y parques mal alumbrados. Los fantasmas de la vieja guardia salían maquillados de blanco, los viernes en la noche, en memoria de Cristo que "descendió a los infiernos", en un día como éste. Pero cuando a la sociedad de masas le dio por no dejar dormir al vecindario por aquello de los viernes culturales, los hostigados fantasmas tuvieron que modificar su cronograma semanal. Entiendo que ya prefieren las noches de los martes, aceptables también para la lectura de los naipes, las pavesas de los cigarrillos y demás menesteres esotéricos.

Los fantasmas son de gustos decadentes: no han podido acostumbrarse a los edificios ultramodernos en los que otean las cámaras privadas de televisión por todos los vericuetos; les aterra el bullicio; tienen fobia a la luz eléctrica; no son aficionados a ver televisión; jamás asisten a un partido de fútbol o a la playa en las horas de sol. Nadie ha visto un fantasma dominguero entrando con su familia a la misa mayor o derribado sobre los prados de La Rochela en compañía de una ardorosa adolescente dorada. Espera que el público se haya marchado para salir a solicitar el mendrugo de una mirada compasiva a la última persona o para atravesar como una gallina la carretera frente a los conductores distraídos o borrachos.

Los fantasmas tienen la costumbre de andar como fantasmas: solitarios. Se bastan a sí mismos. No son egoístas pero sí egocéntricos. No han aprendido a trabajar en grupo, como los hombres muy dinámicos o muy perezosos. El único caso de un trabajo comunitario lo realizan los pasajeros del carro fantasma. ¡Y qué bochinche el que arman! El carro es un Ford 54, con una farola rota, las puertas desajustadas, radio a todo volumen, sin placas, que pasa a las ocho de la noche cuando las campanas de los pueblos lloran por las ánimas, a una velocidad de 90 kilómetros por hora, con cuatro pasajeros, "todos de negro hasta los pies vestidos", sombreros alones, ruanas y pistolas que escupen fuego a diestra y siniestra. Por lo menos, así fue el carro fantasma de la Violencia que ví pasar por la Calle Real de Anserma, cuando era muy niño. Treinta años después escogieron para sus excursiones siniestras la moto japonesa: fantasmas de una nueva violencia.

Favor no confundir el fantasma con el duende. El duende sería, si mucho, un fantasma subdesarrollado. Se ubica en el umbral entre la fantasía y la realidad. Comenzando porque, en Caldas, es chaparrito y dueño de una sonrisa amplia que le sirve para exhibir ese diente de oro del que se mantiene tan ufano. De acuerdo con La Poética de Aristóteles se podría decir que el fantasma es actor de tragedia y el duende es miembro del "coro fálico cuyas mojigangas duran todavía".

Los fantasmas, por sus gustos de aristócratas fracasados, habitan en castillos o caserones en uso de buen retiro. Los duendes, como lo anuncian profusamente por prensa y radio, cada rato, se contentan con asustar parroquianos en la carretera de La Enea o Solferino.

Padecen de diabetes aguda o hidrofobia crónica. Quienes los han visto dicen que aparecen por los lados de estanques o espejos de agua. Como si ansiaran el agua pero no la pudieran beber. Sus gargantas están taponadas con algodones o cadenas. Por eso no hablan, ni comen, ni frecuentan los sanitarios.

Cuando alguien se tope con un fantasma sentado en la taza del sanitario es porque está dedicado a la lectura de periódicos viejos. Les encantan. Los duendes, analfabetas por supuesto, se contentan con revolverlos o esconderlos cuando más se necesitan. Son insoportables. Riegan el sancocho y arañan los niños. Parecen paisas al primer hervor.

Los fantasmas son ángeles o demonios irresolutos: no se quedaron ni con Dios ni con Lucifer; ambos les cerraron las puertas de sus reinos por lo que los desgraciados tuvieron que resignarse a mendigar el ser en la tierra cuando se sintieron hastiados del limbo, no tanto por la atmósfera caliginosa en la que nada sucede sino por el llanto eterno de los millones de infantes que murieron sin la sal y el agua del bautismo. El limbo es una sala-cuna con el personal administrativo en paro indefinido o, como se dice hoy, asamblea permanente.

Los fantasmas más sumisos ascendieron a la categoría de ángeles de la guarda los cuales, después de un largo exilio han revivido, ya no en boca de sacerdotes sino de mediocres autores de libros con ventas millonarias.

Si los ricos del mundo volvieran a poner de moda a sus ángeles de la guarda, podrían licenciar a sus costosos ejércitos de guardaespaldas.

La naturaleza genética de los fantasmas les ha condicionado a evitar la luz. No a odiarla porque los

fantasmas no odian. La mayoría de los seres humanos ha sido engendrada en la noche pues la noche se hizo, como se sabe, para amar, para nacer, para morir. Quienes nacen en la oscuridad de la noche, como podemos observarlo, viven la vida consciente a pleno sol. A quienes les encanta trasnochar y dormir hasta tarde es porque fueron engendrados de día, tal vez en el transcurso de una siesta. Los fantasmas, en cambio, son engendrados por los seres humanos durante el día, de acuerdo con sus problemas, malestares, neurosis y sicosis. A ellos les toca, por la ley de la compensación, convertirse en seres noctámbulos. La noche es el día de los fantasmas.

Los únicos que se atreven a actuar de día son aquellos que se posesionaron de caserones que con frecuencia los dueños, al borde de la jubilación, cansados de hacer por años y años los mismos recorridos, con igual número de pasos, eso sí cada vez más cortos, dejan solos cuando marchan al trabajo. Parece ser que, en estas circunstancias, los animales juegan plácidamente con los fantasmas como si fueran bolas de lana. No les tienen miedo por no tener conciencia y hasta les sirven de lazarillos para que no vayan a tropezar. Está casi demostrado que los fantasmas, de día, son torpes debido a su miopía alarmante. Como que tienen el sistema visual de los búhos debido a idéntica relación fisiológica con la luz.

Se han achacado, tradicionalmente, los fantasmas, a mentes febricitantes o confabulaciones míticas de los pueblos. Se toman como un extraño capítulo del folclor universal. Sin embargo, fuera de la literatura oral y escrita; fuera de la antropología y la psicología intuitiva con su carga de humor y descreste, hay otras ciencias que pueden relacionarse con este fenómeno. Al fin y al cabo, la universalidad del tema en el tiempo y en el espacio es motivo suficiente para no despacharlo al són de viva la patria y poder continuar hablando animadamente de los fantasmas en el capítulo que viene.

II

Los espantos son equivocaciones en la percepción. Los fantasmas son sublimaciones corporiformes. Los espectros, en sentido estricto, son los cuerpos de los fantasmas. Tienen contorno, a su manera, pero no tienen sangre ni les gusta.

Drácula no sobra recordarlo, no es un fantasma, ni un espanto, ni un espectro; es, apenas, un personaje ficticio brotado de la imaginación calenturienta de Bram Stoker y, Frankenstein es un monstruo literario forjado por Mary Wollstonecraft Shelley. Ambos ingleses y, por añadidura, con inclinaciones morbosas.

Los anémicos fantasmas no son depredadores como vulgares vampiros. Son parásitos del hombre. El hombre los concibe y luego, cuando los pobres buscan acogidos al autor de sus noches (que no de sus días), éste los desconoce, se asusta de su propio invento y los rechaza.

Ellos se esconden pero, como necesitan alimentarse, reaparecen para beberse, como suspiros, el vaho de sus progenitores. Podría ser de mal gusto deducir que, cuando alguien ronca, sobre su rostro como serpenteante Aladino, se ubica uno de sus fantasmas para nutrirse de su fétido aliento. El hombre es el leño; sus fantasmas son los helechos.

El hombre cree que los fantasmas viven muertos de frío porque siempre los ve solitarios. No hay tal. Lo que sí es cierto es que son sumamente tímidos. Se les debe tratar con gentileza; así ellos entrarán en confianza, se sentarán en la misma cama de su autor hasta que éste compruebe que con su calor puede compensar el frío de las cobijas y del alma.

Nada tiene de raro si se da una comunión perfecta de tal manera que hombre y fantasma lleguen a compartir la misma almohada. Sería la mejor fórmula para que el hombre adormeciera la zozobra que no le deja desde hace tiempo conciliar el sueño.

El sol es la principal fuente de energía y por medio de la clorofila determinados seres vivos captan los fotones de la luz solar. Los fantasmas, por evitar la luz solar, carecen de clorofila. Esta puede ser la razón por la cual no hay plantas fantasmas ni el verde sea, como se ha creído hasta el presente, uno de sus uniformes más característicos.

Nosotros somos el sol de nuestros fantasmas. A veces nuestra energía que sale con una longitud de onda larga se vuelve como la del sol al entrar a la tierra: de onda corta. Esa energía trastocada, cuando es tratada por un siquiatra recursivo, unos ejercicios espirituales al estilo jesuítico, o un viaje de quince días a las Islas del Rosario, retorna, otra vez con los fantasmas retoñados que se creía haber abandonado por allá tan lejos.

Cuando una persona quiera informarse si sus fantasmas son fornidos o enclenques debe dirigirse a un laboratorio de física para que, por medio del espectro de la luz, midan las distintas longitudes de onda.

Aceptar que los fantasmas son producto de emanaciones energéticas destruye otro error social; pensar que

son tan helados como los difuntos. Esta apreciación equivocada nace, posiblemente, de contemplarlos casi siempre, en noches de luna llena. Pero la física demuestra lo contrario: "En cada transformación o cada traspaso de energía algo de ella se transforma en calor". La energía que un ser humano transforma en fantasma no es helada: "algo de ella se transforma en calor". De modo pues que, con la ley de la Entropía se demuestra que no es incómodo darle la mano a los fantasmas.

Uno de los temas que más apasionan a los crédulos e incrédulos es el de su autonomía. Hemos evocado a los fantasmas que se aparecen a los dueños como si fueran mansos canes transparentes con figura cuasihumana. Pero, ¿qué puede haber sucedido cuando se generaliza el rumor de una casa de fantasmas en donde todo el que llega recibe la alborozada bienvenida de estos insólitos inquilinos? La ecología insinúa la respuesta aplicando el Efecto Invernadero: las construcciones desueltas y más, si están aisladas, son auténticos invernaderos de fantasmas. Así como hay galpones para rosas, claveles, pompones y agapantos, también hay caserones que son galpones de fantasmas. Y operan de idéntica manera.

A través de los vidrios del techo inclinado penetran los rayos solares que calientan el piso. Ese calor regresa a la atmósfera del invernadero pero no puede salir y regresa al suelo, en una especie de ciclo envolvente. El caserón es para los fantasmas lo que el invernadero es para la fertilidad de las plantas.

Cuando una persona irradia energía mental es posible que ellas sigan flotando bajo techo, tal vez rebotando como ondas solares sin que logren abandonar su hábitat provocado.

Esas ondas luminiscentes podrían sobrevivir al generador y estaríamos en presencia de fantasmas de personas que se han escapado a otra vida. La única manera de exterminar esos seres ondulantes y huérfanos es arrasando con el albergue, sin considerar para nada su valor arquitectónico por muy estimable que sea. Los arquitectos modernos siguen al pie de la letra este consejo. Entre más motivos haya para preservar una construcción antigua, más rápido la tumban.

El Efecto Invernadero puede explicar, de igual forma, la ausencia de fantasmas en apartamentos y automóviles último modelo: No ha habido el tiempo necesario para que sus recientes moradores proyecten fuera de sí la carga de energía que empezará a flotar con angustiantes ondulaciones perceptibles por residentes, vecinos y visitantes.

En cuanto a fantasmas motorizados, Gabriel García Márquez, tan propenso a la saudade, terreno abonado para cultivar fantasmas, recogió en una columna dominical de El Espectador, por allá en 1983, las historias de extraños acompañantes de automovilistas solitarios por autopistas ultramodernas. El miedo, la soledad, la inseguridad son caldo de cultivo para que germinen los parásitos livianos que, sin pretenderlo, habrán de espantar en el invernadero del auto. A veces se sientan al lado del conductor nervioso o se ubican atrás.

Si he relacionado al fantasma exterior con la energía, entropía, invernadero no es, como supondrían algunos, por buscar parangones más o menos literarios. Es porque los espectros hacen parte de ecosistemas abiertos al flujo de energía, ya sea terrestre o acuático, con tal que en ellos navegue el hombre con su fardo de problemas.

Los fantasmas, como los seres humanos que los generan, necesitan de un lugar físico (hábitat), y se presentan envueltos en relaciones de seres que interactúan entre sí, produciendo una convivencia (simbiosis) benéfica al hombre y a su imagen proyectada (nicho).

La noción ecológica del clímax parece socorrer la manida creencia en casas de fantasmas. Si clímax es el máximo desarrollo de un ecosistema en condiciones naturales, por ejemplo el bosque tropical es el clímax de nuestras especies nativas, diríamos que hay recintos desocupados que sirven como clímax florecientes de muchos fantasmas. No tenemos por qué extrañarnos que prefieran una casa desierta a otra habitada.

Las enormes manadas de antílopes cruzan como exhalación las áridas planicies del Kalahari africano, arrasándolo todo, hasta llegar, para morir ahogados, en las aguas profundas del océano. Si la ciencia no logra comprender aún el comportamiento de estos seres vivos aparentemente aquejados por insoportables fantasmas animales, aún está lejos de encontrar suficientes explicaciones sobre el comportamiento de los fantasmas humanos prestos a escabullirse de quienes se fijan en ellos. Pero hay que intentarlo, aunque para ello tengamos que recurrir, desconfiados, a la imaginación y la fantasía, padre y madre del fenómeno y de estos textos.

Close Window